

conservacion con solícitos cuidados; que rechaceis de vosotros todo cuanto despierte la sospecha de que pudiera desaparecer; que os indignéis á los primeros indicios de cualquier tentativa que tenga por objeto separar una parte de nuestro país de las demás, ó aflojar los sagrados lazos que ahora unen á todos sus miembros (1).»

En este párrafo de aquel tan significativo documento parecemos oír la voz de Alejandro Hamilton, de quien sabemos, por conducto del mismo Washington, que aconsejó á este en la redaccion de su testamento político (2). Seguramente en él estaba el gran pensamiento que había animado á aquellos dos hombres, compañeros de armas y héroes, y en el cual vivieron unidos hasta el fin. Lo que ellos dos, alejados de sus cargos, vieron venir con temor, anuncióse muy pronto por graves presagios. Mientras ellos habían desempeñado sus cargos, los enemigos de la unidad habían sentido demasiado temor para combatir las medidas por el gobierno adoptadas, aun cuando sus miras se dirigieran propiamente al gobierno y á la Constitucion. Pero aquel temor desapareció rápidamente y Washington pudo ver cómo el partido de los Estados tomaba, en Virginia y en Kentucky, acuerdos que venían á ser como una declaracion de guerra contra el Estado federal y la unidad nacional. En las resoluciones adoptadas por Kentucky en 10 de noviembre de 1798 y 14 de noviembre de 1799 y por Virginia en 24 de diciembre de 1798, la Constitucion no parecia ya como una ley, sino como un tratado; los Estados no se mostraban como súbditos sino como soberanos á quienes asistía el derecho de considerar los actos del poder federal como contrarios á la Constitucion y, por tanto, de declararlos no obligatorios, de anularlos y de revocarlos (*nullification*) (3).

Cuando al proponerse la ley de deuda federal, la legislatura de Virginia dijo, en una protesta incendiaria, que «era contraria á la libertad americana y á la Constitucion de los Estados Unidos,» Hamilton predijo lo que debía suceder, diciendo: «Esta es la primera manifestacion de un espíritu que debe matarse, pues de lo contrario matará la Constitucion (4).» En vez de la muerte de este espíritu, lo que presenciaron él y el mismo Washington, fué su incremento.

## CAPITULO V

### GUERRA Y TRASTORNOS EN ITALIA

El corso Buonaparte, con todo el ardor y el entusiasmo de un patriota italiano deseoso de libertar á su patria, dentro de la escuela de Maquiavelo (5), preparó su primera campaña en Italia, que llevó á cabo con sin igual energía. El destronado «emperador de los franceses,» el «ex-rey de Italia» parece que se siente rejuvenecido cuando en Santa Elena comienza la descripcion de aquella guerra con las siguientes palabras: «Italia, encerrada dentro de sus fronteras naturales y separada del resto de Europa por el mar y por elevadas cordilleras, parece llamada á formar una grande y poderosa nacion; pero tiene en la conformacion de su suelo una falta importantísima que puede considerarse como causa de sus males y del fraccionamiento de tan hermoso país en varios principados ó repúblicas independientes: su longitud no es proporcionada á su latitud. A pesar de que el Sur de Italia está, por su situacion, separado del Norte, Italia es una sola nacion. La unidad

(1) *Farewell Address to the people of the United States*, en Sparks, XII, págs. 214-235.

(2) *Farewell Address*, etc. Sparks, XII, pág. 391.

(3) Holst: *Constitucion y democracia*, I, pág. 124.

(4) Holst: *Constitucion y democracia*, I, pág. 77.

(5) F. I.

de idioma, de costumbres y de escritura será causa de que mas ó menos tarde sus habitantes se unan formando un solo gobierno. La primera condicion de vida de esta monarquía será el ser potencia marítima, para dominar sus islas (Córcega, Cerdeña y Sicilia) y defender sus costas. Roma, á pesar de carecer de muchas condiciones para ello esenciales, será la capital que, algun día, elegirán los italianos (6).»

Napoleon, despues de una carrera sin ejemplo, volvía á sus juveniles amores, y esto es precisamente lo que da un atractivo especial á la descripcion que de su primera campaña escribió en el islote de Santa Elena.

Napoleon, el mas jóven de los generales de su arma, debió el tan codiciado mando del ejército de Italia al cambio que, desde 5 de octubre de 1795, se verificó en su situacion, la cual era entonces ya mas elevada de lo que podemos imaginarnos.

En el Paris de los thermidorianos había, además del poder que hemos visto en el club de los jóvenes, otra potencia de gran fuerza, que era la de los salones y de las mujeres hermosas que en ellos dominaban. Apenas el jóven corso hundió su mirada en estas esferas, retrocedió como deslumbrado, pero despues se abandonó por completo á sus encantos, aunque solo para gozar de ellos y no, como hacían otros muchos, para sucumbir á tales placeres. «Este gran pueblo, escribia en 1795, se entrega á las diversiones: los bailes, las comedias, las mujeres,—que son aquí las mas hermosas del mundo,—todo lo dominan. El bienestar, el lujo, el buen tono, todo ha vuelto á animarse, y solo se piensa en el Terror como se puede pensar en un sueño (7).» «Aquí se ha reunido todo lo que puede distraer y hacer agradable la vida. Todo el mundo procura alejar de sí los cuidados, y cómo podria verse nada con colores sombríos en medio de esta tension del espíritu y de este constante torbellino? Por todas partes se encuentran mujeres, en los teatros, en los paseos, en las bibliotecas: en los estudios de los sabios se ven damas de grandes atractivos. De todos los puntos de la tierra, este es el único en que ellas son dignas de manejar el timon; por eso los hombres están locos por ellas; solo en ellas piensan y solo viven por y para ellas. Seis meses bastan en Paris á una mujer para que aprenda lo que le conviene y conozca el poder que ejerce (8).»

En los círculos de una sociedad que se entregaba á los placeres con vertiginosa rapidez, como si hubiese de reparar en algunas semanas lo que en años había perdido, brillaban por su ingenio, por su belleza y por su bondad las señoras Recamier y Tallien, y desde su regreso de Italia (1795) la baronesa de Stael. A la primera, un contemporáneo (9) solo sabe compararla por sus hechizos con una Madona de Rafael; madama Tallien unía á su belleza, que en nada desmerecia de la de la Recamier, las cualidades necesarias para desempeñar un papel político, no pudiendo haber desempeñado otro mas noble que el que escogió. Llamábasela «Nuestra Señora del Thermidor,» pues había empleado toda la influencia que en el ánimo de su esposo ejercía para conseguir el perdón y la salvacion de las víctimas del Terror, sin distincion alguna de partidos. El mismo Thibaudeau, que, considerando sospechoso al marido de aquella señora, aun antes de tenerle que acusar públicamente (10), miraba como un deber permanecer alejado de su círculo y de sus admiradores, dice hablando de ella: «Era solicitada y celebrada por ella misma y por la posi-

(6) *Œuvres de Napoleon I à Sainte Hélène*, en la *Corresp.*, XXIX, págs. 75, 76 y 77.

(7) *Corresp.*, I, pág. 79.

(8) *Corresp.*, I, pág. 61.

(9) Thibaudeau: *Mémoires sur la Convention et le Directoire*. Paris, 1824, I, pág. 131.

(10) Véase mas arriba.

cion influyente de su esposo; era el adorno de todas las fiestas y el alma de todos los placeres; reinaba, sin tener que sufrir las molestias del trono; su imperio secaba muchas lágrimas y no las hacia derramar á nadie. Hablo imparcialmente de ella, pues que no la he visto mas que en sociedad y creo que no he tenido nunca ocasion de hablar con ella (1).»

El Directorio dió por fin á la República un poder público visible y este, á su vez, ofreció muy pronto á los parisienses una especie de corte. El director Barras, hombre que había apurado hasta las heces el cáliz de los placeres sensuales, fué quien inauguró aquella corte y de repente surgió una nobleza cortesana de nueva clase. Marmont la vió, en 1795, en todo su esplendor y en sus Memorias decia despues, hablando de ella: «El Directorio unía á una especie de lujo la mayor corrupcion; Barras, uno de sus miembros, era con razon considerado como un libertino y su corte era la personificacion del libertinaje. Algunas mujeres de fama mas que dudosa formaban el adorno de tal sociedad y se consagraban á sus placeres: la reina de esta corte era la hermosa Mad. Tallien. Cuanto la imaginacion pueda concebir, apenas llegará á la realidad: jóven, bella «á la antigua manera,» vestida con gusto admirable, mostraba al mismo tiempo belleza y dignidad; su talento no era extraordinario, pero poseía el arte de hacerlo valer y cautivaba con su infinita benevolencia (2).» Entre las amigas de Mad. Tallien figuraba la viuda del general Beauharnais, una de las últimas víctimas del Terror, que había sido sentenciado y ejecutado, con otros cuarenta y cuatro, pocos dias antes de la caida de Robespierre. Josefina Tascher de la Pagerie había nacido en la isla de la Martinica en 23 de junio de 1763; de su matrimonio con el vizconde de Beauharnais había tenido un hijo, Eugenio (nacido en 2 de setiembre de 1780), y una hija, Hortensia (nacida en 10 de abril de 1783). Barras (3) y Mad. Tallien la protegían y le dieron una posicion en la sociedad, posicion que no podia ser muy brillante, pues vivía de los beneficios que sus bienhechores la dispensaban y no podia compararse con madama Tallien ni por su belleza ni por su talento.

La sociedad en que ella vivía había conocido, hasta el 5 de octubre de 1795, al general Buonaparte como hombre de talento extraordinario y de físico interesante, aunque no bello, descuidado en su vestido y de maneras no muy distinguidas. El general, por la gran desproporcion que entre su posicion y sus pretensiones existía, era para muchos hombres superficiales un sér problemático, cuya grandeza no acababan de comprender los mismos gobernantes. En los *Archivos nacionales*, de Paris, existen dos documentos que hacen referencia á él, fechados ambos en 15 de setiembre de 1795 (29 fructidor del año III): uno de ellos es una proposicion de la comision de Negocios exteriores presentada á la de Salvacion pública y dice así: «El general Buonaparte se dirigirá con sus dos ayudantes á Constantinopla para entrar allí al servicio del sultan, contribuirá con su talento y sus conocimientos á reformar la artillería de este poderoso imperio y obedecerá lo que los ministros de la Puerta le ordenen; servirá con su grado y el sultan le tendrá como general de su ejército.»

El otro es un acuerdo de la comision de Salvacion pública, firmado por Cambaceres, Berlier, Merlin y Boissy, que dice: «La comision de Salvacion pública acuerda que el general de brigada Buonaparte, á quien la comision había encargado de ciertos servicios, sea borrado del escalafon de

(1) *Mémoires*, I, págs. 131-132.

(2) *Mémoires du maréchal Marmont, duc de Raguse*. Paris, 1857, I, pág. 87.

(3) Yung, III, págs. 113-114.

generales, por haberse negado á ir al puesto que se le había designado (4).»

El día 13 vendimiario se elevó finalmente muy por encima de todos los pretendientes que se hacen los indispensables y de los cuales hay que guardarse mostrando á tiempo gran energía. Desde entonces ocupó una categoría que todos le reconocían y tuvo una posicion en un gobierno á quien había evitado la vergüenza de tener que descubrir públicamente su impotencia, y á cuyo eterno agradecimiento tenía derecho innegable. Napoleon no parece haber sido de aquellos á quienes la adulacion social corrompe, pues posteriormente refiere el siguiente suceso ocurrido en su vida. Una hermosa señora, á quien había conocido en casa de Barras,



El general Beauharnais

le prodigaba mil lisonjas por su talento militar. «Estas alabanzas, añade, me embriagaban; así es que siempre me dirigía á aquella dama y la seguía á todas partes: la amaba apasionadamente y la sociedad en que nos encontráramos lo sabía, cuando yo estaba todavía muy lejos de habérselo dicho á ella.» La dama de quien se trataba era la señora de Beauharnais, la cual, al recibir por conducto del director Barras la demanda de matrimonio, pidió tiempo para reflexionar, y escribió durante este plazo á una amiga diciéndole que á su «indolencia criolla» le había sido siempre muy difícil adoptar una resolucion y que esta vez no sabía en absoluto qué partido tomar. «Admiro, añadia, el valor del general, sus vastos conocimientos en todas las cosas, de las cuales habla con gran seguridad, la viveza de su talento, que le hace adivinar los pensamientos de los demás antes casi de que se los enuncien; pero confieso que me espanta la soberanía que parece querer ejercer sobre todo cuanto le rodea. Su penetrante mirada tiene algo de extraño que no se explica, pero que llega á imponer á nuestros mismos directores, ¡juzga si debe conmovérsele á una mujer! Lo que propiamente había de agradarme, es decir,

(4) Yung, III, págs. 72-73. Probablemente se hace referencia al puesto de general de artillería del ejército del Oeste (Vendée), para el cual hacía seis meses que estaba nombrado, y del cual había sabido constantemente excusarse.

el poder de una pasión, de la que habla con una energía que no permite dudar de su sinceridad, es precisamente lo que contiene en mis labios un sí que muchas veces he estado á punto de darle. Pasada mi primera juventud, ¿puedo esperar conservar el calor de esta tempestuosa ternura, que en el general toma los caracteres de un verdadero acceso de delirio? Cuando estemos unidos, ¿cesará de amarme? ¿no me echará en cara lo que por mí ha hecho? ¿no pensará con tristeza en que hubiera podido contraer un matrimonio mas brillante?... ¿Qué contestaré entonces? ¿Qué haré?... Llorar. Barras asegura que si me caso con el general, le dará el mando del ejército de Italia. Cuando ayer me habló Buonaparte de este beneficio, que aun antes de ser concedido ha suscitado



El general Bonaparte (en 1796)

las murmuraciones de sus compañeros de armas, me decía: «¿Creeis que necesito de protectores para elevarme? Algun día podrán darse por satisfechos de que yo quiera ser su protector. Llevo en mi cinto la espada y con ella iré lejos.» ¿Qué decís de esta seguridad del éxito? ¿No demuestra una confianza nacida de una ambición desmedida? ¡Un general de brigada protector de los jefes del gobierno! Yo no sé, pero algunas veces esta confianza ridícula me seduce de tal manera, que llego á creer posible cuanto me dice este hombre extraño, y ¿quién es capaz de imaginar lo que él puede emprender (1)?»

Extraña era, como se vé, la impresion que como amante producía Buonaparte, el cual, segun parece, no veía su amor del todo correspondido. Pero por mas que Josefina se explicara clara y exactamente esta impresion, no creyó posible resistirla, y esto fué lo que la martirizó. El día 9 de febrero de 1796 se leyeron las proclamas matrimoniales, y el día 2 de marzo el Directorio tomó el siguiente acuerdo: «El general de division Buonaparte, jefe del ejército del interior, es nombrado general en jefe del ejército de Italia.» El día 7 de marzo recibió el nombramiento, el día 9 se celebraron las bodas, y cuarenta y ocho horas despues se ponía en camino en direccion al cuartel general de su ejército (2).

Segun recordaremos (3), durante el otoño de 1794 el ejér-

(1) Yung, III, págs. 117-119.

(2) Yung, III, págs. 123-124.

(3) Véase mas arriba.

cito de Italia ocupaba, despues de la batalla de Cairo, una situacion altamente favorable si se sacaba de ella provecho para avanzar por la llanura del Piamonte, con el objeto de separar á los piamonteses de los austriacos. Sin embargo, no emprendió este movimiento de avance el general Kellermann, el cual desde el 19 de mayo de 1795 estaba encargado del mando de las tropas; por el contrario, dejó que, á fines de junio, le sorprendieran y le derrotaran los austriacos mandados por el general Vins. Su sucesor, el general Scherer, trabó un sangriento combate cerca de Loano (23 y 24 de noviembre de 1795), para reconquistar las posiciones que Kellermann habia perdido, y acerca de cuya verdadera importancia Buonaparte habia llamado repetidas veces, por medio de folletos, la atencion de la comision de Salvacion pública (4).

Al rey de Cerdeña se le daba el nombre de «portero de los Alpes,» porque habia obstruido todos los pasos de esta cordillera por medio de fortalezas que un enemigo invasor no podia ni rodear ni sitiarse. La idea de Napoleon consistía en dar la vuelta por los Alpes evitando todas las fortalezas construidas á las salidas de los desfiladeros y abrirse un camino que le condujera á la llanura del Piamonte sin necesidad de tener que trepar por montañas inaccesibles ni de ocupar fortalezas inexpugnables. En 1793 habia descubierto él mismo este camino y en 1794 habia estudiado sus ventajas, sus alturas y barrancos, sus senderos y veredas, su accesibilidad para hombres y acémilas, todo de un modo tan exacto, que con aquellas cordilleras estaba completamente familiarizado, conociéndolas como conoce el jugador su tablero. Este camino atravesaba del desfiladero que se extiende entre la salida de los Alpes marítimos y el nacimiento de los Apenninos, donde se eleva la montaña de San Giacomo. Arrancaba del puerto fortificado de Savona, que podia servir de depósito y de punto de apoyo; desde allí, un camino empedrado de tres leguas de extension conducía hasta Madonna, y las seis leguas que separaban á esta de Carcare podian hacerse practicable en pocos dias para la artillería. En Carcare comenzaban los caminos que llevaban al interior del Piamonte y de Montferrato.

Este era, para penetrar en Italia, el único camino en que no se encontraba montaña ninguna: la elevacion del suelo era en él tan insignificante que despues, en tiempo del Imperio, pudo pensarse en construir un canal que uniera entre sí al Po, al Tanaro y al Bórmida, y que por medio de un sistema de esclusas pudiera ser llevado hasta Saona, de tal suerte que quedara establecida una comunicacion entre el Adriático y el Mediterráneo. «Penetrando en Italia por Savona, Cadivona, Carcare y el Bórmida, podia esperarse separar los ejércitos sardos de los austriacos, porque desde allí se amenazaba simultáneamente á la Lombardía y al Piamonte, y se podia marchar lo mismo sobre Milan que sobre Turin. Los piamonteses debían ocuparse, pues, en proteger á Turin y los austriacos á Milan (5).»

Llegado que hubo al cuartel general de Niza, publicó, en 27 de marzo, una célebre proclama (6) en la que decía: «Soldados: Estais desnudos y mal alimentados; el gobierno os debe mucho y no puede daros nada. La paciencia y el valor de que habeis dado pruebas entre estos peñascos son dignos de admiracion; pero no os dan gloria ninguna: ningun-

(4) *Corresp.*, I, págs. 64, véase XXIX, págs. 43-47.

(5) *Campagnes d'Italie*, en la *Corresp. de Nap.*, XXIX, págs. 81-82.

(6) Las *Campagnes d'Italie* dicen (*Corresp.*, XXIX, págs. 84): «Al pasar revista á las tropas, les dijo: «Soldados, estais desnudos, mal alimentados, etc.» Merece notarse que esta proclama, inserta en la *Corresp.*, I, págs. 107, está únicamente tomada de las *Mémoires de Napoleon, dictés à Sainte Hélène*, pero no de ningun documento de aquella época.

na aureola brilla á vuestro alrededor. Os conduzco á la llanura mas fértil del mundo: ricas provincias, grandes ciudades caerán en poder vuestro: allí encontrareis honra, fama y riquezas. Soldados de Italia, ¿os faltarán el valor y la perseverancia?»

En su manera de arengar á los soldados se descubria, como en todo lo suyo, su fuerza de voluntad y de accion: la impresion que su proclama produjo fué mágica, pues su persona era garantía de éxito y todos sabian que la situacion crítica en que se encontraba el ejército, encerrado entre las montañas que ocupaban los austro-sardos y el mar, que obstruian los ingleses, solo podia mejorarse por aquel movimiento de avance que el general, por fin, les prometia con toda seguridad. «¿Era posible, dice un distinguido escritor militar, que tal alocucion dejara de producir su efecto en el ánimo de tales soldados, sobre todo procediendo de un hombre joven, inteligente y decidido? ¿No habia seguramente de despertar un verdadero entusiasmo y hacer del general el ídolo del ejército? Buonaparte no ha escrito ni hecho nunca nada tan bueno como esa proclama (1).»

Al día siguiente escribió al Directorio una carta, que como todas las sucesivas firmó Buonaparte (en vez de Buonaparte, como hasta entonces se habia firmado), é inmediatamente dictó las oportunas órdenes para hacer los preparativos de una marcha de ataque, que llenaron de ardor y de entusiasmo á soldados y á oficiales.

La parte del ejército de Italia destinada al servicio de campaña componíase de cuatro divisiones de infantería, dos divisiones de caballería y treinta cañones, formando un total, segun datos oficiales, de 38,000 combatientes (2). De esta cifra correspondian, segun cálculos de Marmont (3), á las divisiones de infantería 28,820 hombres. Todas estas eran tropas escogidas, formadas por expertos veteranos, vencedores en Cairo y Loano, y aumentadas por un contingente del ejército que en los Pirineos habia luchado contra los españoles. Al frente de las divisiones de infantería figuraban los aguerridos generales Massena, Augereau, Laharpe y Serurier, de los cuales el primero era una espada sin rival. Al frente del estado mayor se encontraba el general Berthier (4) y como ayudantes servian Junot y Marmont, y muy pronto tambien Murat; la simple enunciacion de estos nombres demuestra que en este cuartel general estaban todos los futuros mariscales del futuro Imperio.

Las posiciones que Buonaparte tomó con tres de sus divisiones á lo largo de la costa en Finale, Loano y Savona hasta Boltri, cerca de Génova, fueron causa de que el general en jefe del ejército aliado cometiera una falta, para él de funestas consecuencias.

El general Beaulieu, que contaba setenta y dos años, disponia, descontando los enfermos, de un ejército de 26,000 austriacos y 20,000 piamonteses, es decir, de un total de 46,000 combatientes (5). Los piamonteses estaban mandados por el general Colli y ocupaban el campamento fortificado de Ceva; el ala derecha del ejército austriaco, mandada por el general Argenteau, se extendía en una línea de diez horas y tenia su centro en Sasselto. Para mantener las comunicaciones entre ambos ejércitos, el general Provera permanecía en Millesimo, mientras la vanguardia del ala izquierda, á las órdenes del gene-

(1) Carlos de Clausewitz: *La campaña de 1796 en Italia*, en sus *Obras póstumas sobre la guerra y la direccion de la misma*. Berlin, 1833, IV, págs. 15.

(2) *Mémoires de Massena*, p. Koch. Paris, 1848, II, *Pieces justif.*, página 429.

(3) *Mémoires*, I, págs. 145.

(4) Véase su retrato en Marmont, I, págs. 146.

(5) Clausewitz, obra citada, págs. 8.

ral Sebottendorf, avanzaba parte hácia Campo Freddo, parte hácia la montaña Bocchetta, al Norte de Génova. Antes de que el ala izquierda de los austriacos emprendiera esta direccion lateral, Colli habia aconsejado oportunamente al general Beaulieu que uniera las dos alas, formando con ellas una sola columna de ataque, y que formara con los piamonteses otra columna: la primera podia avanzar hácia Cairo y la segunda desde Ceva podia marchar sobre Loano, en cuyo punto le seria fácil, contando como contaba con fuerzas superiores, derrotar el centro de las fuerzas de Buonaparte, que estaba separado del ala derecha del ejército (6). Pero Beaulieu, que solo atendía á la inmediata salvacion de Génova y que, como hombre de la antigua escuela, no com-



Augereau

prendía que una vez derrotado el grueso del ejército francés en Loano, quedaba Génova fuera de peligro, rechazó este plan y escaló con solos ocho mil hombres la montaña Bocchetta antes de que se encontrara reunido todo su ejército. Consecuencia de esto fué una serie de combates que se trabaron entre el 10 y el 15 de abril y que son conocidos con el nombre comun de batallas de Montenotte y Millesimo, y cuya influencia equivalió á la de una gran batalla decisiva.

El movimiento de avance de Beaulieu motivó, en 10 de abril, una batalla en Boltri que obligó á la vanguardia de la division Laharpe á retirarse á Savona y permitió á Beaulieu conferenciar en Boltri con Nelson. El día 11 de abril avanzó tambien Argenteau y se apoderó de las alturas de Montenotte, débilmente defendidas; pero su movimiento de avance hubo de detenerse ante las trincheras que tan valientemente defendieron los franceses en Montelegrino. A la mañana siguiente comenzó el ataque Buonaparte con furioso ímpetu y contundentes golpes.

En la madrugada del 12 de abril, Argenteau, que se encontraba enfrente de Laharpe, fué atacado por el flanco derecho y desde Altare por Massena, con el cual estaba tambien

(6) Clausewitz, págs. 25.